

Citación bibliográfica: BOLOGNESE, Chiara. «Berlín y Argentina: diálogos mestizos en la escritura de Esther Andradi». *América sin Nombre*, 34 (2026): pp. 48-64, <https://doi.org/10.14198/AMESN.30279>

Berlín y Argentina: diálogos mestizos en la escritura de Esther Andradi

Berlin and Argentina: Mixed Dialogues in Esther Andradi's Writing

CHIARA BOLOGNESE

Università degli Studi di Milano, Italia

chiara.bolognese@unimi.it

 <https://orcid.org/0000-0002-8095-4140>

Fecha de recepción: 18/06/2025

Fecha de aceptación: 18/07/2025

Resumen:

Este ensayo analiza la trilogía berlinesa –*Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante, Berlín es un cuento y La lengua de viaje*– de la escritora argentina, afincada en Berlín, Esther Andradi. Los tres textos otorgan un protagonismo fundamental a los migrantes y a sus experiencias de vida. Asimismo, Berlín resulta central. La autora narra y recrea el Berlín occidental, en la época anterior e inmediatamente después de la caída del muro; y el Berlín actual, después de la reunificación. El texto consta de tres partes: en la primera analizo la trilogía en relación con la vida de la propia autora. En la segunda fusiono los avatares existenciales de Andradi con las experiencias vitales que recrea en la novela y describe en las crónicas. Me centro en la marginalidad de los migrantes, vistos, en cierto momento, como *figuras del afuera*, en la violencia y el racismo de los cuales son víctimas, y me detengo en particular en dos ataques xenófobos que estos sufren en la novela. En la tercera parte, analizo el papel de la lengua natal y de la lengua adquirida en la existencia de la autora y en la de sus personajes. Reflexiono sobre cómo se acercaron a la nueva lengua, qué dificultades encontraron en el aprendizaje, para poder comprender qué papel desempeñan ambas lenguas en la vida de los protagonistas.

La autora declara que no hay conflicto de intereses.

© 2026 Chiara Bolognese



Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Palabras clave: Esther Andradi; Berlín; literatura de la migración; mestizaje; racismo, lengua.

Abstract:

This essay analyzes the Berlin trilogy –*Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante*, *Berlín es un cuento* y *La lengua de viaje*– written by the Argentine Esther Andradi. These works give fundamental prominence to migrants and their life experiences. Berlin is also central. The author portrays and recreates West Berlin, before and immediately after the fall of the Wall, and present-day Berlin, after reunification. My essay has three parts: in the first, I analyze the trilogy in relation to the author's own life experience. In the second, I merge Andradi's existential vicissitudes with those she recreates in the novel and describes in the chronicles. I focus on the marginalization of the migrants, seen, at a certain point, as *figuras del afuera*; on the violence and racism of which they are victims, and I focus in particular on two xenophobic attacks they suffer in the novel. In the third part, I analyze the role of the native and the acquired language in the author's life and in that of her characters. I reflect on how they approached the new language, and on the difficulties they encountered in learning it, so as to understand the role played by both languages in their lives.

Keywords: Esther Andradi; Berlin; literature of migration; *mestizaje*; racism; language.

Las diferentes experiencias de vida de los migrantes son uno de los elementos centrales de la escritura de la argentina Esther Andradi. Autora de trabajos de tipologías textuales variadas, Andradi elabora una literatura que cruza diferentes épocas históricas, y trata temas de gran actualidad. Crónicas y ficción tejen un diálogo de sumo interés, porque comunican experiencias de vida entrañables, aunque lo hagan de maneras diferentes.

En la trilogía de Berlín, *Berlín es un cuento* (novela), *Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante* y *La lengua de viaje* (crónicas), la autora nos ofrece una panorámica de los acontecimientos que marcaron la trayectoria de esa ciudad desde la época del muro hasta después de su caída, relatando las aventuras de su microcosmos de referencia, constituido de personas comunes, que en algún momento tuvieron que dejar su país de origen.

En la novela, Andradi nos lleva a un Berlín «en directo» en los años ochenta, una ciudad con muro que ahora ya no existe. En las crónicas describe un Berlín entre pasado y presente a través de episodios cotidianos de sobrevivencia en una tierra ajena, que poco a poco deja de ser ajena para convertirse en un espacio vital, familiar, y en un escenario de inspiración. Las crónicas son para la autora una manera de reflexionar sobre su vida entre Europa y América Latina, y acerca de las aventuras de otros migrantes como ella, cuyas existencias, por alguna razón, han llamado su atención. *Berlín es un cuento*, por su parte, narra las experiencias existenciales de Bety, una joven argentina que llega a Berlín Occidental en la época de la guerra

fría, siguiendo a su amor alemán, Jan, a quien había conocido en Perú, país en el que ella había estado exiliada.

Es interesante destacar la diferencia entre la temporalidad que aborda en la novela y la de las crónicas: la trilogía en su conjunto construye una suerte de puente que une los diferentes momentos de su vida. En las crónicas, Andradi llega hasta la descripción del Berlín de hoy, desde donde escribe ahora; en la ficción, nos lleva al Berlín que la acogió y que fue el paraíso para los artistas latinos (2009, p. 178). La escritora se encontró, en aquel entonces, con una ciudad que era también un espacio de la militancia (2009, p. 80) en la que las personas se sentían libres de realizar su identidad más auténtica. Para Esther será el lugar en el que establecerá su casa y creará a su familia; en tanto que para su protagonista ficcional Bety se revelará también, como veremos, el espacio de la expulsión.

Viajes de ida y vuelta

La escritora en su vida lleva a cabo un periplo muy fecundo, que va desde los comienzos de la dictadura en Perú, la llegada al Berlín con muro, y la caída de este; pasa por la crisis económica del año 2001 en Argentina; para terminar con las nuevas guerras de los años más recientes. Más precisamente, Andradi sale en 1975 de Argentina, como recuerda en una de sus crónicas: «Partir, como parir, se escribe con P en español. Y yo soy de las que tuvieron que partir, no por nada, sino porque ahí ya no se podía más vivir» (2023, p. 36). Se queda en Perú durante siete años, para luego emigrar hacia Berlín (2023, p. 9), donde se instala una primera vez. En 1995 vuelve a salir, con su marido alemán y su hija recién nacida, rumbo a Buenos Aires, para regresar definitivamente a Alemania siete años más tarde. Desde entonces reside en la capital alemana, aunque viaja con mucha frecuencia a Argentina. Berlín se configura, pues, como el puerto seguro que, a veces mejor a veces peor, siempre le ofrece cobijo.

Diana Paris utiliza el adjetivo «trashumante» (Paris), para esta autora que crea a una protagonista narradora, que «Desde niña había soñado con el extranjero» (Andradi, 2009, p. 67). Y la trashumancia será justamente uno de los principales ejes de toda su escritura. Ya desde los agradecimientos en su más reciente trabajo, *La lengua de viaje*, apreciamos cómo construye una genealogía de la migración, al mencionar a «los ancestros de tantos mundos y lenguas que me precedieron y que generosos fueron tejiendo su legado en mi escritura» (2023, p. 7). La migración la marca en su arte y en la persona que es hoy, en tanto que la escritura se presenta como otro elemento fundacional de su identidad, vinculada a esos *tantos mundos y lenguas* que hoy en varios países son vistos como una mancha, un pecado, algo negativo y no una riqueza.

Se trata de una vida entre lenguas, culturas, gentes de las procedencias más diversas, tanto para la escritora como para su protagonista Bety, que tiene la percepción de estar huyendo desde hace siglos (2009, p. 41), y se refiere de la siguiente manera a su familia de origen: «Raíces ya no había, y las que le quedaban dolían como las de un diente maltratado» (2009, p. 41). Lo único que la salva es la creación literaria, como deja claro cuando destaca la importancia de «Escribir para salvarse del derrumbe» (2009, p. 42), desvelando otro de los elementos sobre los que reflexiona con frecuencia.

Son historias de hombres y mujeres fragmentados, como la ciudad en la que se suelen mover. En la novela los protagonistas conforman a un grupo de individuos que viven en el margen de la sociedad berlinesa, en tanto que dibujan espacios alternativos de encuentro y de afecto. Son seres entrañables, para los cuales en Alemania se utiliza la expresión «personas con fondo migratorio» (2023, p. 76), nos dice la autora, llamando nuestra atención sobre una definición que casi carece de sentido, porque todo ser humano, más cerca o más lejos en su árbol genealógico, tiene fondo migratorio. Andradi retrata vidas marcadas por las maletas que se hacen y deshacen.

Es constante en ella el interés por investigar con qué recursos y pertenencias se emprende el viaje: «La maleta interna trae idiomas, sabores, historias y consuelos, medicinas y rituales familiares para componer la música del camino» (2023, p. 77). Los viajeros se llevan consigo no solo objetos materiales sino también, y tal vez más, aspectos vinculados a la esfera emotiva y afectiva. En tanto que, a lo largo del desplazamiento, lo propio se mezcla con lo ajeno:

El viaje de las palabras permite que ellas también se impregnen del mundo que vamos caminando [...] todo se transforma [...] y hay un miedo enorme a esta transformación, porque aquello que se transforma deja de pertenecernos así como lo hemos conocido, así como nosotros tampoco somos los mismos después de un viaje iniciado en la infancia cuando llegamos al final del recorrido. (2023, p. 77)

Andradi nos brinda una importante reflexión sobre el cambio que produce el viaje en el migrante y acerca de la relación entre lo conocido que se deja y lo desconocido hacia el cual se viaja. Es evidente que, delante de una posibilidad de migración, se experimenta un fuerte miedo a perder lo conocido, lo habitual. Sin embargo, Esther, en su crónica, nos relata cómo, para su primera migración, optó por lo desconocido con tal huir del terror político: «Expulsada por el miedo, elegí la incertidumbre y partí» (2023, p. 116).

¿Qué vida se recrea fuera de lo cotidiano, familiar? Esta es una de las preguntas a las que la lectura de Andradi nos ayuda a contestar.

Una ciudad amurallada

El Berlín de Esther Andradi es una ciudad que lleva la historia en sus calles, sus edificios y demás construcciones: «Me parecía que el sector occidental de la ciudad era el mapa para transitar la historia, el presente, y hasta esbozar el futuro» (2023, p. 106). Berlín se presenta, para la autora, como la ciudad en la cual ir armando su propio futuro.

Son relatos de supervivencia y de solidaridad que surgen para denunciar y describir la violencia histórica, política y cotidiana de la Europa de fin de siglo y comienzo del nuevo. Es el retrato de una ciudad que va mutando, como recuerda el título de uno de sus libros de crónicas, en tanto que también cambian las vidas de sus protagonistas. Todos son supervivientes de la barbarie europea y/o latinoamericana.

Para los latinos que venían de contextos dictatoriales el hecho de vivir en una ciudad encerrada por un muro correspondía, paradójicamente, a experimentar la libertad. Si Andradi viaja a Perú por cuestiones políticas y con la idea de quedarse pocos meses, a Berlín va también para responder a su deseo de búsqueda de algo diferente:

quería quedarme en esta ciudad, que, aunque encerrada en un muro, era un laboratorio social, artístico, diferente a todo lo que había conocido. Estaba convencida de que no había otro lugar para comprender mejor el mundo que Berlín (Occidental). Aquí se concentraban las costuras de un siglo sangriento [...] entre la piel de los barrios, yo veía deslizarse el futuro: mestizo, diverso, libertario. (2023, pp. 9-10)

Lo escribe en 2017, con referencia a lo que era en los ochenta. Hoy en día la esperanza parece haberse borrado por completo en esta zona de Europa, como, por otra parte, la autora escribe en algunas de las crónicas de su más reciente libro. Su protagonista Bety, en cambio, no percibe, por lo menos en sus primeros tiempos en Berlín, la esperanza que puede brindar la ciudad, sino que se encuentra totalmente entregada a vivir su experiencia de «refugiada por amor» (2009, p. 43).

Estos textos son, al mismo tiempo, una carta de amor y de cuestionamiento a Berlín. Por un lado, es la ciudad de la libertad: «Encerrado y todo, metido entre murallas, Berlín Occidental era el símbolo de la libertad: la libertad en la cultura, en la educación, en la locura, en el ocio» (2025, p. 71), en la que cada uno podía tratar de realizar su identidad. Por otro, es el lugar del encierro, «una isla» (Armenta), un espacio potencialmente explosivo, en el que estalla la violencia. Un Berlín entrañable, acogedor y al mismo tiempo complicado y duro. Esta doble cara de la ciudad es retratada con claridad en la novela, en la que se describe el Berlín vivido desde un piso compartido, que se convertirá en casa ocupada bautizada Crack (2009, p. 124), que hospeda a un grupo de migrantes, cuyas raíces están justamente en el grupo mismo. Para los habitantes del Crack parecen apropiadas las palabras de Josefina Ludmer sobre la situación existencial de los migrantes de fin de siglo y comienzo

del nuevo: «son los excluidos de la nación que dejan y también adonde llegan para ocupar el subsuelo del primer mundo. Están adentro y afuera del territorio adonde van: adentroafuera de toda nación» (Ludmer, 2010, p. 180). Los protagonistas de Andradi se mueven en espacios marginales y compartidos, en los que se ejerce el cuidado mutuo. Desde la comuna se desprenden muchas cuestiones de suma actualidad; una entre ellas, fundamental y única, es la solidaridad entre ilegales, siempre que en algún momento y lugar se pueda definir a un ser humano como ilegal solo por el supuesto delito de haber salido de su país de origen y haber pisado tierra extranjera. La solidaridad es una forma de contrastar la violencia real y psicológica de la discriminación y el drama de la soledad: «Esta casa se movía como un barco a punto de naufragar en la tormenta [...] Aquí todo se compartía, en el sano y profundo sentido llamado «Comunidad»» (2009, p. 31). Se había creado lo que ahora se definiría una familia no tradicional, que, sin embargo, es muy frecuente y tan digna como la tradicional. Además de la realidad del Crack, hay también otro espacio humano compartido, el de «La vie en rose», un bar de copas que se mantenía abierto hasta muy tarde y reunía a una «excéntrica clientela» (2009, p. 99), que todo lo experimenta menos una vida en color de rosa. Es un refugio para los desterrados y para todos los que se están buscando a sí mismos para poder vivir dignamente. Este bar es un interesante microcosmos cultural. La novela quiere celebrar a algunos colectivos excluidos de la sociedad, como los de los exiliados y los inmigrantes. A medida que avanzamos en la lectura, comprendemos que es también un retrato de la evolución vital de unos jóvenes: Andradi pone en escena lo que ella y sus protagonistas fueron en su juventud, en la época del comienzo de la experiencia migratoria, y lo que son en el presente, en el epílogo final, después de una vida de lucha contra la violencia de la historia y de la sociedad común. Y la agresividad contra los colectivos más frágiles es otro de los ejes de esta trilogía. Ya en *Mi Berlín*, en «El otro muro», de 1991, Andradi describe unos ataques contra los más desafortunados relatando unos episodios que podrían haber sido escritos hoy:

Desde hace varias semanas una ola de barbarie azota este país: grupos racistas vienen quemando centros donde residen transitoriamente refugiados extranjeros [...] El campo de batalla está en las discotecas, donde los jóvenes de cualquier parte del mundo bailan y sueñan. Está en el tren de cercanías, cuando la gente regresa agotada de su jornada de trabajo [...] el racismo permanece agazapado, y suele dar sus irracionales golpes por la noche, incendiando centros de refugiados, acosando a mujeres cargadas de bultos en las estaciones [...] arrojando al vacío a ciudadanos de otro color, otro idioma, otra nacionalidad, otra apariencia. (2015, pp. 111-112)

En la novela se narran dos episodios de agresión terriblemente violentos: el desalojo de la comuna «por razones de saneamiento» (2009, p. 123), al que los protagonistas reaccionarán con una resistencia que fortalecerá aun más sus vínculos; y la incursión neonazi en «La vie en rose» (2009, pp. 198-199). Estos asaltos marcan un antes y

un después en la proyección a futuro de todo el grupo. Es el comienzo del fin de una época, pues poco después empezará la desbandada de todos los habitantes del Crack. Estos episodios de violencia y de resistencia marcan definitivamente a la familia de la casa ocupada. Bety entiende que

Un día que no estaba lejos, también aquí la calle se iba a teñir de rojo y ni las luces ni las baldosas que amparaban sus pies volverían a ser las mismas, el otoño se iba a instalar, irremediamente. Y será hoguera. La historia mutará en histeria. [...] Poco después recibió la carta de expulsión del país. (2009, p. 202)

La demandan por haber violado las normas de ingreso al país. Una carta que preludia la conclusión de la novela. El gueto, en el que se sentían tan libres, los expulsa. Esta pesadilla para tantos migrantes aparece también en la novela dentro de la novela, es decir la que la propia Bety está escribiendo: «Nadie pide permiso para entrar una vez que está adentro [...] ¿no sabe que aquí primero se pregunta si se puede y después se espera, calladita, la respuesta? [...] ¿Qué se ha creído? ¿Qué la legalidad es una mercancía al alcance de cualquiera?» (2009, p. 205). Estas agresiones obligan a los habitantes del Crack a cuestionarse sobre la permanencia y pertenencia a ese Berlín que en su momento los había amparado. Para Bety decidir si quedarse o marcharse es un gran dilema, aunque no le quede claro hacia dónde podría huir, de elegir esta opción: «Irse. ¿A dónde? ¿Cuál era su futuro? ¿Dónde estaban los pedacitos que la concernían?» (2009, p. 205). Bety parece cansada de vivir siempre con el fantasma de la huida a cuestas: «¿pero adónde ir que no sea una huida? Quedarme también es una forma de escapar» (2009, p. 206). Si frente a la violencia en Argentina, Bety decidió marcharse, en ese momento, después de su experiencia en Berlín, la elección es otra, pues por el epílogo entendemos que decidió quedarse.

Los trabajos de Esther Andradi son una profunda reflexión sobre qué significa e implica ser extranjeros, y en torno al tema de la legalidad. En la novela, Bety se define como «sindinero sinoficio sinidioma sindinero sinoficio sinidioma sindinerosinoficiosinidioma sin sin SIN LUGAR» (2009, p. 84). Le faltan todas las bases para residir allí de manera legal. A través de la vida de esta protagonista, la autora nos llama la atención sobre los laberintos burocráticos para obtener el permiso de residencia en un país, por los cuales los recién llegados entran en el círculo infernal de la necesidad de autorizaciones y documentos que a su vez requieren otros permisos y documentos:

Para disponer de un seguro de salud había que trabajar o estudiar. Quien era turista no tenía derecho a trabajar ni estudiar [...]. Para cambiar su condición de turista se necesitaba un contrato de trabajo o una matrícula universitaria. Para conseguir un contrato de trabajo o matricularse en la universidad había que cambiar el estatus de turista... y así ad finitum. (2009, p. 153)

Unos problemas, estos, que la autora vivió en su propia piel a su llegada a la capital alemana, pues no tenía beca, ni trabajo, ni pareja y, sin embargo, fascinada por la ciudad y las posibilidades de vida y libertad que ofrecía, entre ellas, como veremos, la de ser escritora, no piensa en marcharse. Queda claro que, desde sus comienzos en la ciudad, tanto Bety como Esther quieren apostar por su permanencia allí y deciden vivir el desafío de descubrirla y hacerla propia. Y es que, al llegar a Berlín, ambas se encuentran con una situación peculiar: esa ciudad no encarnaba, por infinitas razones, históricas, sociales, políticas, lo que en sus mentes se imaginaban con la expresión «ciudad alemana».

¿Ese Berlín podía explicar Alemania? Un Berlín, dice en la crónica, muy poco representativo de *lo alemán*. Y justamente, en la novela se transmite esta idea de la escasa representatividad, describiendo su llegada a la estación del tren Zoo:

En esa estación convivían varios mundos, los que luego se expandían en la calle. Nada de lo que se veía allí podía asociarse con cualquiera de las ideas que alguna vez tuvo sobre ese país llamado Alemania. Ni limpia ni ordenada ni pulcra ni segura [...] el barrio circundante era extensión de este delirio. [...] ¿Qué es lo que definía como extraña a esa ciudad? [...] Bety se movía apenas por algunos contornos [...] una frontera dentro de la frontera, un espacio condensado dentro de la costura de este mundo. (2009, p. 49)

El Berlín de Andradi es una ciudad que encarna y atraviesa la historia, pues con su división en cierto sentido se configura como un no aquí no allí (Pereyra, 2016, p. 72).

La presencia del muro es central en particular en los primeros dos textos de la trilogía berlinesa. En *Mi Berlín*, la autora retrata magistralmente, en el apartado «Cronología de un derrumbe», la atmósfera política y social poco anterior a la caída del muro; para luego ser testigo de los primeros cambios y algunas contradicciones de la época inmediatamente después de la caída en el apartado «Berlín Berlín». A través de «Cronología de un derrumbe» descubrimos cómo a finales de los ochenta se fue creando el clima propicio para la caída, y también asistimos al momento repleto de ilusión cuando efectivamente esta se produce: «¡CAE EL MURO! Y una ciudad entera se abraza después de 28 años de división» (2015, p. 63).

En la novela, la joven Bety llega a la que define una ciudad con costura (2009, p. 49). Es justamente esa herida lo que forja la personalidad de los berlineses, como observa la alemana Sigrid, otra protagonista: «Gracias a dios nos une la división» (2009, p. 140). Casi de forma especular, la autora considera en su crónica publicada el mismo día de la caída que «desde ahora en adelante, la única frontera será la que cada uno lleva dentro. El muro contra el fascismo estará en las conciencias o no estará» (2015, p. 64), con una observación de una actualidad deslumbrante.

Esta división entre Oriente y Occidente es espejo de otras divisiones del siglo pasado que siguen y se fortalecen hoy en día, como las entre Norte y Sur del mundo,

entre extremadamente ricos y extremadamente pobres, entre seres humanos considerados legales y otros definidos ilegales. Oposiciones, estas, que parecen mostrar que nos estamos olvidando de lo más importante, es decir del hecho de que somos todos seres humanos, con los mismos derechos y aspiraciones parecidas.

Sin duda los habitantes de la ciudad viven divididos, una condición que en los migrantes se acentúa, ellos viven *entre*, como observa la autora: «El riesgo de vivir en una preposición. Entre países. Entre idiomas. Entre continentes. Entre leyes» (2023, p. 50). La literatura de Andradi nos lleva a reflexionar sobre si se pertenece y, de ser así, cómo, a ambos lados del *entre* o a ninguno de los dos.

Se trata de describir y ficcionalizar la experiencia de vivir en una ciudad que son dos, dos sistemas, dos estados. Análogamente los protagonistas, ya de por sí, siempre están divididos entre más países, culturas, cosmovisiones y, al mismo tiempo, son individuos que han apostado por la vida. Todos en contante movimiento, siempre buscando nuevos lugares dónde crear su felicidad. Personajes en tránsito permanente. Andradi en esta trilogía nos brinda una literatura centrada en una ciudad, pero al mismo tiempo pone en escena un mundo totalmente cosmopolita, reflejando un crisol de nacionalidades y pertenencias.

La comunidad de la novela y los individuos que nos describe en las crónicas se pueden considerar, por un lado, como «figuras del afuera» (Aínsa, 2012, p. 69), pues mantienen, a pesar del mayor o menor grado de integración, una mirada que se proyecta desde otro espacio, una mirada que observa al mundo alemán con interés y estupor. Son individuos que experimentan constantemente una sensación de extrañamiento: «Se despertó con una urticaria cubriéndole el cuerpo, el mal, acaso el único con una causa no manejable por la medicina: El extrañamiento» (2009, p. 186), recuerda en la novela. Además, ellos mismos son vistos como *del afuera* en una ciudad que ya de por sí es un afuera, pues es un espacio nacional de Alemania Occidental separado del resto de su territorio. La casa ocupada Crack, como lugar de la separación y de la multiculturalidad, es un espejo de lo que es Berlín.

Por otra parte, también es cierto que se trata de individuos, que, después de haber padecido las dificultades de la integración, empiezan a sentirse parte también de esta nueva realidad que es Berlín, mostrando que los elementos que forjan una identidad se suman, nada resta. Esther Andradi nos muestra que, en un mundo global, marcado por constantes migraciones y violentas guerras para defender confines e identidades, ya no tiene sentido hablar de rasgos nacionales puros. Sus libros y sus historias construyen mosaicos culturales.

El mestizaje es su realidad. En un mundo que se orienta cada día más hacia políticas xenófobas para protegerse de una multiculturalidad presentada como terriblemente peligrosa, la escritora denuncia lo siguiente:

Desde que la pureza es virtud, la transgresión es la mezcla. La transgresión del mestizaje la dilapidación de la herencia, el color de la piel perturbando la gramática, los apellidos, las declinaciones. Se manchan los códigos, las leyes, el catecismo, el comportamiento [...] La viajera trastoca el orden. La viajera es el caos. (2023, p. 49)

Lo de afuera asusta. La migración y los viajes representan una posibilidad de encarnar nuevas pertenencias, nuevas identidades móviles (2023, p. 34), que pueden vivir varias existencias contemporáneamente, muy alejadas de estáticas identidades nacionales que nos remiten, si acaso, al siglo pasado.

Por otra parte, en más de una ocasión, la autora subraya que Berlín no fue una elección casual, sino que la cautivó, «áspera y extraña» (2023, p. 117) desde el primer encuentro y decidió que «Aquí quería vivir» (2023, p. 117). La condición de extranjera le permite abrirse al mundo, en tanto que la acerca a todo el universo de prejuicios y estereotipos con los que los migrantes tienen que lidiar cada día. El perjuicio nace de la ignorancia y de la no integración. Estas figuras del afuera salen de los esquemas nacionales, resultan incómodas y complicadas de gestionar para la política y la sociedad misma, porque viven dilemas, dudas y sentimientos que los demás no conocen, obligándolos así a plantearse problemas que nadie quiere asumir.

Andradi trabaja con frecuencia la cuestión del estereotipo, algo que caracteriza también la imagen que se tiene en Europa de «esa entelequia llamada América Latina» (2009, p. 22), o de un país, Perú, que es considerado «ron puro» (2009, p. 72). Reflexiona sobre códigos y expresiones lingüísticas que chocan entre culturas diferentes y que indican cierta manera de ver y estar en el mundo, como revela un interesante y a ratos divertido diálogo entre Bety y su amado alemán Jan:

—A mí me gustaría saber porque (sic.) todo queda reducido a una cuestión de huevos en América Latina...— argumentó Jan.

—¿Cómo en «América Latina»...? ¿Qué quiere decir eso? ¿Es acaso un nuevo continente, un lugar de encuentro, qué carajo es América Latina en tu imaginación?—contestó Bety, desde el dolor y la bronca.

—Supongo que lo mismo que para todos, ¿no? ¿O no nos la venden acaso como la tierra sin límites, donde nació el tango, el duelo de los cuchilleros, la cuna del Che, la patria de los sentimientos...? En la contraposición a nosotros, los alemanes. Tan restringidos, fíjate que cuando tenemos un problema con alguien ponemos en duda su capacidad mental no su potencia viril.—retrucó él.

—No sé lo que compraste como América Latina, pero te cuento que Alexander von Humboldt se subió al Chimborazo y desde ahí sigue diciendo cómo nos vemos. ¿O es que todo eso me lo inventé yo?—cargó ella. (2009, p. 150)

El deseo de conocer al otro, al diferente de sí, siempre es mediado por muchos pre-conceptos y la escasa voluntad de comprensión profunda de la alteridad. Hay poco deseo de diálogo y de escucharse mutuamente. Además de que, con frecuencia, la política y el pensar común alimentan el miedo denunciando una posible invasión de

migrantes en los países europeos. Y es que con la migración se produjo una fractura en la sociedad, pues no «estaba previsto que un día llegaran sus familias, que naciera una, y después otra generación en tierra extraña, y que se produjera esa grieta [...] de la no integración, de la transculturización, de yo traigo lo mío y no asumo lo tuyo» (2023, p. 120), no estaba previsto que se forjaran identidades mestizas.

La migración destapa el miedo a la diversidad, en tanto que se leen a los demás con categorías estereotipadas:

–Nosotros somos «naturales» y ellos «intelectuales», parece increíble, pero a pocos años del fin de siglo todavía nos analizan con el termómetro colombino [...]

–Nosotros estamos en «contacto con la naturaleza» y ellos en cambio «perdidos en la urbanidad». Cuando aterrizan en nuestras ciudades quieren «salir al campo» cuanto antes y vienen vacunados hasta contra la uña encarnada. Cuando se dan cuenta que «salir al campo» implica un viaje de varias horas por metrópolis con calles atestadas de vehículos viejos, autobuses y carros desplazándose sin ningún orden conocido entran en estado de shock. –¡Recién ahí se den cuenta, si pueden, que no han entendido nada!

–Si yo hubiera vivido siempre aquí tampoco lo entendería. Estaría acostumbrado [...] así me dijo Jan «Si yo hubiera vivido siempre en estas condiciones tampoco me importaría»

–Y entonces los revolucionarios y los transformadores del continente son producto de la lluvia, ¿eh? ¿O es que vienen importados de Europa? [...]

–[...] No entienden nada... Ellos viven para sí mismos, víctimas del sistema. Siempre solos, individuos. Finalmente, a la hora de la verdad, son incapaces de aceptar la diferencia como algo enriquecedor y necesario. (2009, p. 175)

Es de recordar que el alemán había ido a Perú para «convertirse en indio», siguiendo su propia idea estereotipada de lo que son los nativos. Pero luego, después de haber vuelto a Alemania, quiere retomar su vida habitual, bien alejado de la cultura indígena que había ido a buscar, pues «la civilización era una carga que no se desmontaba de la noche a la mañana» (2009, p. 24).

El papel de la lengua natal

En cierto sentido, la migración de Esther es doble, porque no solo cambia de país sino también de lengua y este es un tema muy presente en su escritura. La autora se pregunta qué ocurre cuando se va de viaje también la lengua, es decir, cuando se emigra a un país en el que se habla un idioma diferente del propio. La lengua es lo que queda cuando ya no se tiene nada más. La lengua natal representa «un istmo en el mar de otro idioma» (Armenta), y la escritura en esa lengua ejerce de vínculo con el país lejano. Estas figuras del afuera siguen hablando su lengua del afuera; con frecuencia son multilingües, son mestizos de origen y/o culturalmente y a veces se comunican en una lengua mestiza, con un léxico y una estructura que, según los contextos y los registros, se remiten a diferentes universos lingüísticos.

El castellano, en el caso de Esther, va y viene entre países, textos, experiencias, recuerdos, al igual que lo hace la autora. La lengua no abandona, son los migrantes quienes pueden abandonarla, escogiendo como único idioma el del lugar de acogida, lo que, por otra parte, no es la elección de Andradi ni de sus personajes.

Otro aspecto importante a tener en cuenta es que la lengua natal también cambia si emprende un desplazamiento:

Quando la lengua se va de viaje, le pasa como a las personas. Algunas vuelven otras no, otras encuentran un lugar donde prefieren quedarse o de donde ya no pueden partir. Sea como fuere la decisión, siempre hay cambios. Y de esos cambios no se vuelve, ni la lengua ni las personas. (2023, p. 9)

La autora se define como parte de un grupo de escritores que viven en Europa «en la diáspora de la lengua madre» (2023, p. 12), ubicándose «voluntariamente “fuera de la tribu”» (Aínsa, 2014, p. 112), al igual que su protagonista escritora Bety. Ambas viven una división análoga a la del Berlín que las acogió, dividido entre dos cosmovisiones.

Pero justamente en el estar *entre*, en el hecho de estar de viaje, la lengua encuentra su desarrollo más fecundo: «la lengua solo se salva siendo nómada. Viajada» (2023, p. 76), dice la autora. La misma protagonista de la novela reflexiona que «su abuelo había hablado otra que su abuela y al final tuvieron una ponchada de hijos a la sazón también su padre nació de este torbellino de sangres y gramáticas» (2009, p. 68), al igual que lo que ocurrió en la familia de origen de Andradi.

La migración implica necesariamente el alejamiento de un territorio, pero no siempre de la lengua natal: se adquiere una nueva lengua, pero no se pierde la otra. Esther vive inmersa en una lengua, el alemán, y decide realizar su actividad de creación en castellano, manteniendo así un vínculo fundamental con su lengua nativa. Su corazón y su cerebro se mueven entre sonidos muy distintos, gramáticas que parecen no dialogar, musicalidades completamente diferentes, sin que esto represente un drama.

La autora, en cierto momento, se pregunta si hablar una nueva lengua significa adquirir una nueva identidad: «¿Qué pasa, entonces, y cómo pasa aquello que pasa a quienes viven en otra lengua? ¿Adquieren otro cuerpo?» (2023, p. 41). En estas palabras vemos como Andradi considera que el idioma se configura como cuerpo. Análogamente, en la novela, era la ciudad de Berlín Occidental la que se configuraba como cuerpo:

Busco en el exterior aquello que marca mi vida. La polaridad. [...] Una cuidad con dos en una, un cerebro con dos hemisferios, separados por un cuerpo calloso [...] Llegada a Berlín intuyo que uno sin otro no es posible, ¡pero jamás siento que uno es mejor que el otro ni que uno sea bueno y otro malo! Ocurre que uno está en las sombras y el otro en la luz, para los que venimos de afuera no es posible disfrutar lo mejor de los dos [...]

Habrá que recordar cuando querían operar a los epilépticos y le succionaban el cuerpo calloso, ahí el cerebro se reducía a la mitad y solo la mitad. (2009, p. 46)

En las crónicas Andradi nos habla de lengua prestada (2023, p. 118), planteando una cuestión muy interesante:

¿Cómo dialogar con una que se despierta en alemán y sueña en español? [...] No hubo forma de plasmar en la lengua de residencia las sensibilidades de la recién llegada. Y sin embargo, la lengua de residencia recibe, rechaza, golpea, penetra. No se la puede ignorar. ¿O sí? (2023, p. 119)

La autora a través de la reflexión sobre la lengua lleva a cabo consideraciones existenciales de gran actualidad: «*Traducir* en alemán implica llevar de un lugar a otro» (2023, p. 119), lo cual le hace pensar también que «Los migrantes vivimos en contrabando permanente» (2023, p. 119).

Andradi se siente una persona de contrabando y la propia novela se gestó en el contrabando. La escribe, pues, estando en Argentina, pero declara que la termina cuando ya vuelve a Berlín (2023, p. 69) y recuerda su experiencia: se trató de un exilio y de una traducción a la inversa. Extraña Berlín cuando no está (2023, p. 13), siente nostalgia de la ciudad en la que ha elegido vivir, y que no coincide con su país de origen. Añora la ciudad que la vio exiliada y extranjera, dos adjetivos que ahora ya no la representan. La existencia de la autora se mueve entre una identidad contrastantemente dividida y otra felizmente doble.

Y será en Berlín, ese espacio de libertad y de encierro del tiempo de su juventud, donde sea Esther que su personaje Bety tomarán la decisión de su vida, la de ser escritoras: «Frente a quien quiera que sea Bety se definía como Novelista. En su país jamás se hubiese atrevido, pero ahora era extranjera en esta ciudad en transición como pocas, así que podía nombrarse como quisiera» (2009, p. 15). La ciudad las empuja a esto. Bety sabe que contará lo suyo desde un espacio que no es suyo, y quiere que este sea Berlín: «Tenía que comenzar a contar desde la ciudad que fue. Entonces escribió Berlín» (2009, p. 45). Para ambas es el lugar desde donde relatar su experiencia migratoria y contarse a sí mismas. Esta decisión le plantea a Esther Andradi otro dilema, eso es qué aspectos tratar del complejísimo asunto de la migración y en qué lengua hacerlo. La migración obliga a pensar aun con más fuerza y complejidad el lugar desde donde se mira al mundo, un espacio que está marcado por nuestra cultura, nuestro país de nacimiento o de primera formación, nuestra condición social, entre otros aspectos.

Esther decide contar en su lengua natal, algo que hará también su protagonista Bety. La crítica Gina Canepa destaca cómo la elección de Andradi de ser escritora en otra lengua con respecto al espacio en el que escribe sea una manera de asumir «una posición militante» (p. 54), de reivindicación de una pertenencia. Al mismo tiempo, es de tener en cuenta el hecho de que Esther y Bety empiezan a definirse

escritoras estando en el extranjero, es decir se atreven a encarnar esta nueva identidad solo hallándose fuera de su lengua.

Además, Bety tiene que encontrar su voz: ¿a cuáles de las diferentes Bety prestará su pluma la autora? Así se describen las inquietudes de la joven argentina:

¿Cómo explicar el cambio que significó el encuentro de lo propio con lo ajeno en la extrañeza que rodeó aquella residencia? ¿Cómo encontrar las palabras adecuadas para formularlo con la contundencia necesaria para que sea comprensible? Había buscado esa ciudad en los libros pero todos la narraban desde un lugar que no era el suyo. ¿Desde dónde contaría ella la historia? ¿Desde la inmigrante perpleja frente al bienestar [...]? ¿Desde el deslumbramiento por la utopía para transformar la vida desbordando la izquierda provinciana? ¿Desde la extraña, la transeúnte, la pasajera? [...] ¿Qué deuda tenía con la verdad, con el testimonio de lo que fue? (2009, p. 46)

Bety se pregunta desde qué Berlín contar y desde qué mirada, desde qué versión de sí misma. Y es justamente la novela completa la que pone en diálogo todas esas identidades de la protagonista.

La migración conlleva la urgencia de comprender a fondo, de hacer propio el nuevo espacio en el que se ha decidido vivir y de reelaborarlo en función de la cultura de origen. En *La lengua de viaje* se comenta la necesidad que sentía la autora de «explicar y traducir la ciudad donde había vivido tantos años y que se había convertido en un símbolo: Berlín» (2023, p. 12). ¿Se traduce una ciudad a otra como se traduce de una lengua a otra? La búsqueda de la respuesta a esta pregunta es otro de los ejes de la novela. Siempre el migrante se encuentra con la necesidad de traducir una ciudad, una manera de concebir y vivir los espacios, a otra cultura, a otra lengua y costumbres. Y es así cómo la comprensión de la ciudad va de la mano con el aprendizaje del idioma. La ciudad va cambiando al tiempo que la autora empieza a conocer la realidad berlinesa y la lengua local.

El tema del aprendizaje de la lengua y la extranjería con respecto a la lengua local son asuntos bastante presentes en la producción de la escritora. Andradi desea integrarse en la cultura y vida de la ciudad y decide empezar a estudiar alemán «como una obsesa» (2015, p. 161). Análogamente, el aprendizaje de la lengua es primario para Bety, que «se nutría día a día» (2009, p. 138). Ambas van descubriendo Berlín con la velocidad de la bicicleta, y con el ritmo que requiere el estudio del alemán (2009, p. 138 y 2015, p. 161). Y con la misma velocidad de la bici y del aprendizaje de la lengua, empiezan a querer la ciudad.

La autora nos da buena cuenta de las dificultades del estudio de un nuevo idioma. Como sabe todo viajero de la lengua, los elementos más íntimos, cotidianos y familiares del lenguaje, como por ejemplo las interjecciones, son muy diferentes de un idioma a otro, y son los que en primer lugar delatan al extranjero. Estos aspectos del lenguaje dejan descolocado, por lo menos en un primer momento, al migrante de la lengua, al individuo que deja su «patria lingüística» (Pereyra, 2016, p. 68):

si yo decía «ay», para expresar mi dolor, el otro pensaba que se trataba de un juego, porque el «ay» de ellos es «aua», y así hasta el infinito— ¿Qué hacer frente a tamaña diferencia? [...] abrí mis puertas al nuevo sistema solar que se me ofrecía, y me metí de lleno a aprender el idioma, a disfrutar de su sonido, a irritarme con sus incontinencias, a rebelarme con sus diferencias [...] en cualquier momento corría el peligro de ser tragada por el agujero negro teutón, y adiós pampa mía. Pero también tenía la posibilidad de ganar un universo que se conjugara con el mío, y que en el espacio sideral ambos pudiesen convergir y moverse con la distancia que permite la atracción pero no la deglución. (2023, p. 28)

Define esta como una experiencia fundamental, enriquecedora y, en cierto sentido, inevitable (2023, p. 28). Lo mismo ocurre en las discusiones: se usan otros códigos, otros registros, otras memorias.

La lengua natal, por su parte, no desaparece, aunque en un momento Esther es atacada por «el pánico de perder mi lengua materna» (2015, p. 161). El idioma materno encarna el espacio seguro de la cultura de formación, de las costumbres, de la familiaridad: «Lengua y cultura son hilos inseparables que tejen el tapiz de nuestra identidad» (Pereyra, 2016, p. 75). La lengua madre es un vínculo indisoluble con una parte de sí, para la autora y para sus personajes:

La lengua, el lenguaje, las palabras con las que vino al mundo. ¿Qué sería de ella sin la poesía, si le faltasen el par de libros que trajo en su maleta? ¿Qué sería de ella si nadie nunca jamás le escribiera una carta en su idioma, si nadie más le hablara en español...? Entonces pensó en la infinita soledad de su abuelo en un país de extraños. (2009, p. 141)

A través de su reflexión sobre la lengua Bety llega a nuevas consideraciones acerca del sentimiento de pérdida que vive el migrante, al alejarse de su tierra, afectos y lenguas, como recuerda de su abuelo, con el cual desarrolla una nueva empatía, a posteriori:

había llegado a un país al otro lado del mundo con la presión definitiva de inventarse un territorio o morir en el intento. La necesidad de construir una identidad, un nombre que perpetúe su paso por esta tierra y justifique su existencia [...] ¿Qué tremendo hueco horadaba sus almas? ¿Y como iba a proteger ella, Bety, sus señas durante el viaje? ¿Existiría otra posibilidad que no sea el olvido? ¿La muerte del pasado? [...] ¿Qué buscaban los migrantes? ¿Qué encontraban? ¿Qué era un hombre o una mujer sino sus cuentos, su pueblo, su niñez? (2009, pp. 141-142)

Queda claro que la escritora atribuye un papel fundamental a la cultura de origen de cada individuo. La familia y el país de procedencia marcan al ser humano, incluso cuando este luego se integra en otro contexto y lejos de su familia de origen.

Me parece relevante destacar una última cuestión relacionada con estos temas. Me refiero a cuando la autora se pregunta qué ocurre con la lengua natal cuando la relación con la patria es conflictiva: «¿Y qué pasa si la lengua ya en sí nos remite a una expulsión, a un sitio en el que ya no podemos vivir?» (2023, p.42). En este

caso la lengua no se vincula a una idea de cobijo, familiaridad y protección, sino a un espacio de sufrimiento. Sin embargo, también en esta situación de sentimientos encontrados, la autora reconoce que siempre la lengua nativa se constituye como la memoria del hablante:

Los migrantes de todo el mundo [...] han transportado su lengua como memoria, y se han insertado una y otra vez en diferentes idiomas. La maldición de Babel, entonces, ¿Se podría ver como una interpretación? ¿Un soporte ideológico para apuntalar el concepto de nación, la cultura hegemónica de los países centrales amenazada por la migración [...] ¿Qué pasa cuándo la lengua implica además de la madre, una bandera, una nación, un territorio donde no se puede vivir? (2023, p. 42)

Queda claro, a la luz de la producción de la autora, que el vínculo y el amor por la lengua natal no están en contradicción con el rechazo de la situación político-social de la patria. El apego y la nostalgia con respecto a la lengua madre nos remiten a un vínculo y una añoranza por una cultura, un modo de ser. La lengua, en su esencia más profunda, es un modo de ser, que marca los aspectos más íntimos del individuo.

Conclusión

La literatura de Esther Andradi muestra una profunda humanidad, en una ciudad y en unos grupos sociales complicados, duros. Sus textos son historias de vida cotidiana, que, al mismo tiempo, nos muestran que la existencia de seres comunes siempre se entrelaza con la política y los cambios sociales. Es una celebración de todos los que supieron convivir y luego salir de la marginalidad, de la diversidad excluyente y que han hecho de un lugar otro su propio lugar, el espacio en el que volver a empezar y desde el cual ejercer su militancia.

Berlín es presentado, pues, como crisol de culturas y como una ciudad que encierra en sus capas diferentes momentos históricos clave: «A lo largo de mi residencia en Berlín, sin moverme de la ciudad, he transitado por tres Europas» (2023, p. 126), entendiéndola Europa de la libertad, la de la cerrazón y ahora la de la guerra y que vuelve a invertir en armas: «la guerra está aquí otra vez. La Europa que hemos conocido ya no regresa. Asistimos perplejos, como paralizados, a la irrupción de otra Europa. Nadie sabe, hoy por hoy, adónde la llevará este viaje. Y a nosotros con ella» (2023, p. 127). Estas palabras aluden a un mundo en el que los gobernantes han perdido el norte y el humanismo, todos podríamos vernos obligados a un nuevo desplazamiento, aunque no se sepa hacia dónde. Un nuevo viaje, pues, sugerido en la crónica más reciente del último libro, y también, como hemos visto, al final de la novela. Una posibilidad a la cual la cronista parece estar abierta, pues sería un nuevo proyecto de viaje hacia lo desconocido, hacia una realidad por descubrir. Diferente es lo que ocurre en la conclusión de la novela, en la cual, como hemos visto, después de dudar, Bety decide quedarse, y seguir con su apuesta por el Berlín que la acogió.

Referencias bibliográficas

- AÍNSA, F. (2012). *Palabras nómadas*. Iberoamericana-Vervuert. <https://doi.org/10.31819/9783954870042>
- AÍNSA, F. (2014). Nueva cartografía de la pertenencia. La pérdida del territorio en la narrativa latinoamericana. *Iberoamericana*, 54, 111-126.
- ANDRADI, E. (2009). *Berlín es un cuento*. Alción.
- ANDRADI, E. (2015). *Mi Berlín. Crónicas de una ciudad mutante*. La Mirada Malva.
- ANDRADI, E. (2025). *La lengua de viaje. Ensayos fronterizos y otros textos en tránsito*. Buena Vista Editora.
- ARMENTA, Amir (11 de febrero de 2018) Berlín es un cuento (I): entrevista a Esther Andradi. *Debandada. Revista de cultural. Una mirada crítica desde Berlín*. <https://revistadesbandada.com/2018/02/11/berlin-es-un-cuento-i-entrevista-a-esther-andradi>
- CANEPÀ, G. (2013). Construyendo la nueva Madre-Patria en *Berlín es un cuento* de Esther Andradi. *Confluencia*, 2, 54-65.
- LUDMER, J. (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Eterna cadencia.
- PARIS, D. (2015) Palabras como piedras. Sobre *Mi Berlín* de Esther Andradi. Mirada malva. Blog: https://miradamalva.blogspot.com/2015/05/palabras-como-piedras-sobre-mi-berlin_11.html
- PEREYRA, M. (2016). Berlín es un cuento. La escritura y la lengua como idearios utópicos. *Hispanic Journal*. 1, 67-80.